



# El progreso económico estadounidense a debate en los relatos de los viajeros españoles del primer tercio del siglo xx

The Economic Progress of the United States as Viewed by the Spanish Travelers of the First Third of the 20th Century

LUIS PERDICES DE BLAS

Universidad Complutense de Madrid, España

<https://orcid.org/0000-0001-6890-1129>

[perdices@ccee.ucm.es](mailto:perdices@ccee.ucm.es)

JOSÉ LUIS RAMOS-GOROSTIZA

Universidad Complutense de Madrid, España

<https://orcid.org/0000-0002-1187-1464>

[ramos@ccee.ucm.es](mailto:ramos@ccee.ucm.es)

**Abstract:** This article analyzes the economic image of the United States built by the Spanish travelers of the first third of the 20<sup>th</sup> century, which until now had not been specifically studied. For some, this country was a model of economic modernization to be imitated, based on technological innovation, big business and good governance, which generated prosperity and opportunities for all. For others, however, North American capitalism was a bad example, given its negative moral and social effects (materialism, dehumanizing standardization, machinism, monopolies, inequality, etc.). Interestingly, the anti- and pro-American economic arguments were elaborated indistinctly by both “progressive” and conservative authors.

**Keywords:** Travel; Economic image; United States; Spain; 20<sup>th</sup> Century.

**Resumen:** Este artículo analiza la imagen económica de los Estados Unidos construida por los viajeros españoles del primer tercio del siglo xx, que hasta ahora no había sido estudiada específicamente. Para algunos, dicho país era un modelo de modernización económica a imitar, basado en la innovación tecnológica, la gran empresa y el “buen gobierno”, que

generaba prosperidad y oportunidades para todos. Para otros, sin embargo, el capitalismo norteamericano constituía un mal ejemplo, dados sus negativos efectos morales y sociales (materialismo, estandarización deshumanizadora, maquinismo, monopolios, desigualdad, etc.). Curiosamente, los argumentos económicos anti- y proamericanos fueron elaborados indistintamente tanto por autores “progresistas” como conservadores.

**Palabras clave:** Viajes; Imagen económica; Estados Unidos; España; Siglo xx.

## INTRODUCCIÓN

La imagen de los Estados Unidos en la España del último tercio del siglo XIX tuvo su cara y su cruz. Para la élite urbana de políticos e intelectuales liberales vinculados al Sexenio, como Rafael María Labra, los Estados Unidos fueron esencialmente un modelo de modernidad política, económica, tecnológica y social: por sus libertades, sus principios republicanos y sus prácticas democráticas; por su capacidad innovadora y su desarrollo tecnológico fomentador de la eficiencia productiva y de la mejora del nivel de vida de la población; por el nivel de educación y emancipación de la mujer; e incluso por la decidida abolición de la esclavitud y la capacidad de rápida recomposición del país tras la Guerra de Secesión. Y tales rasgos, destacados por los liberales en su construcción de la imagen de los Estados Unidos, estaban sin duda relacionados con sus propias preocupaciones domésticas del momento: cómo hacer de España un país moderno.<sup>1</sup>

Pero en este mismo periodo hubo también en España una visión crítica de los Estados Unidos, de carácter conservador, entre aquellos que se oponían a la reforma colonial en las Antillas y a una abolición inmediata y sin compensación de la esclavitud, que asociaban la prosperidad material y el desarrollo tecnológico e industrial estadounidense a un sacrificio de la alta cultura y a una amenaza para ciertos valores tradicionales, que desconfiaban del expansionismo estadounidense en la América hispana y de sus apetencias sobre Cuba, o que veían con recelo los cambios en la posición de la mujer y el modelo sociopolítico estadounidense (democracia, republicanism, libertad religiosa, etc.).<sup>2</sup>

En cualquier caso, parece que 1898 no significó una ruptura o un cambio permanente y drástico en las percepciones españolas sobre los Estados Unidos: ni en la imagen de icono de la modernidad elaborada por los progresistas, ni en el antiamericanismo de corte conservador. Tras el *desastre* del 98 —que dio lugar, de forma puntual, a reacciones patrióticas que satirizaban y ridiculizaban en extremo todo lo estadounidense— volvió la misma mezcla de fascinación y rechazo que antes de 1898, la cual se siguió manteniendo cuando los Estados Unidos se convirtieron definitivamente en un poder

<sup>1</sup> Ferris 2016. Sobre la imagen de los Estados Unidos en Europa y Latinoamérica: Körner/Miller/Smith 2012. Una buena antología de textos de viajeros españoles por Estados Unidos a finales del siglo XIX, en García-Montón 2002.

<sup>2</sup> Fernández de Miguel 2012, cap. 2.

hegemónico y se produjo la llamada americanización de Europa. En este sentido, el *crack* de 1929, pese a su enorme gravedad, tampoco supuso que la balanza se inclinase claramente hacia las visiones críticas.

Este artículo analiza la imagen económica de los Estados Unidos construida por los viajeros españoles del primer tercio del siglo xx. Aunque existen diversos trabajos que han abordado aspectos sociales, culturales y políticos de dicha imagen entre 1898 y 1936,<sup>3</sup> ninguno se ha centrado hasta ahora específicamente en la visión económica ofrecida por los viajeros españoles durante dicho periodo.

Tras la grave crisis de 1898 se hizo aún más perentoria la búsqueda de modelos socioeconómicos alternativos al español, y la mirada –que tradicionalmente se había dirigido hacia Francia y Alemania, y en menor medida hacia el Reino Unido– se fue concentrando cada vez más en los Estados Unidos, ya fuera como patrón a seguir o como ejemplo de lo que *no* había que imitar (García Muñoz 2008, 13). Es decir, lo estadounidense contrastaba fuertemente con la realidad española; se veía, para bien o para mal, como la antítesis de lo español, y hubo un interesante debate sobre las ventajas e inconvenientes de aplicar el modelo económico estadounidense a España, que precisamente se pretende examinar aquí.

A diferencia de lo ocurrido en el último tercio del siglo xix, los argumentos económicos anti y pro estadounidenses de las tres primeras décadas del siglo xx fueron elaborados indistintamente por autores “progresistas” o conservadores. Tales argumentos se acabarían convirtiendo en buena medida en lugares comunes de la visión española de los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo xx. Entre los viajeros españoles del periodo encontramos una notable diversidad de perspectivas: técnicos, ingenieros, urbanistas, periodistas, abogados, diplomáticos, literatos, profesores, empresarios, etc. Mientras algunos se inclinaron claramente hacia una visión crítica, otros –más numerosos– hicieron una valoración global netamente favorable pese a puntuales notas negativas. En cualquier caso, hubo tres grandes ejes de debate que se desarrollarán a continuación.

## PROGRESO ECONÓMICO FRENTE A MATERIALISMO

El urbanista Federico López Valencia (1919, 13) escribió la narración de su viaje a los Estados Unidos en la primera década del siglo xx con la intención de exponer un “estudio objetivo” de la situación socioeconómica de ese país que sirviese de “estímulo a nuestra patria”. Mantuvo contundentemente que el progreso económico estadounidense se explicaba sobre todo por un “espíritu comercial” que estimulaba la invención. Los comerciantes estadounidenses eran activos, perseverantes, optimistas, rápidos en la

<sup>3</sup> Por ejemplo: Corrales 2015; Delgado/Elizalde 2005; Fdez. de Miguel 2012; García-Montón 2000; García Muñoz 2008; González López-Briones 2000; López/Montero 2013; Miranda-Barreiro 2014; Montero 2011.

toma de decisiones e infatigables. Confiaban en el éxito de sus negocios, no ocultaban sus deseos de enriquecerse y estaban pendientes de todas las oportunidades de negocio para aumentar sus beneficios. Es decir, se definían por su “espíritu emprendedor” (56-59, 67). Asimismo, actuaban en un marco de competencia que era “el acicate más poderoso para el desarrollo y perfeccionamiento del comercio”, y al que se debía también “la prosperidad de algunas industrias”; por supuesto, en los “tiempos modernos” no podía haber comercio sin publicidad (61, 63).

El mismo entusiasmo puso López Valencia en la descripción de la pujanza de otros sectores productivos. Señaló que la “agricultura moderna” se caracterizaba por la abundante utilización de maquinaria y abonos, así como por la existencia de unas granjas “explotadas industrialmente” por sociedades anónimas o labradores muy apegados a sus tierras (139-150). Precisamente la educación agronómica se dirigía a “adaptar el maquinismo y las leyes físicas y químicas a la explotación industrial del suelo” (147). Al mismo tiempo, el Ministerio de Agricultura proponía negocios y facilitaba con sus consejos ayuda eficaz (149). Mayor entusiasmo mostró al referirse al sector secundario: la “ciudad de acero” de Pittsburgh, las industrias cárnicas de Chicago o las fábricas de calzado de Boston, destacando siempre la importancia de la producción en serie (151-173, 185, 187-190). Aunque no eludió el tratamiento de externalidades negativas como la contaminación o la polémica sobre los *trusts*, no consideró que estos fueran aún una amenaza, más cuando la Ley Sherman de 1890 había frenado su acción (156-158).

Tres autores que también defendieron con fervor el modelo socioeconómico estadounidense en los años veinte –a pesar de sus diferentes profesiones y posturas políticas– fueron Vicente Blasco Ibáñez, Ramiro de Maeztu y Ramón Pérez de Ayala. Las novelas del primero triunfaron en los Estados Unidos e incluso alguna de ellas se llevó a la gran pantalla protagonizada por el actor de moda, Rodolfo Valentino. Los otros dos compartieron la admiración por lo anglosajón por razones familiares: Pérez de Ayala se casó con una estadounidense y la madre del Maeztu era inglesa.

Blasco Ibáñez (2007, II: 201, 209) dedicó pocas páginas a su estancia en los Estados Unidos en *La vuelta al mundo de un novelista* –fruto de su viaje de 1923-1924–, pero fueron muy elogiosas para “la [nación] más progresiva de nuestros tiempos”, que no era un “imperio de rapiña”. En el resto del libro realizó comparaciones entre los Estados Unidos y los decadentes imperios asiáticos. Admiró, por ejemplo, la gran civilización y capacidad de innovación de China en el pasado, relegada en el presente a un imperio “sin sistema nervioso”, “fatigado”, incapaz de hacer sombra a los Estados Unidos (II: 87).

Los rasgos de prosperidad y modernidad estadounidenses los sintetizó cuando describió Nueva York, ciudad que asombraba por su “movimiento [...], su riqueza, su actividad” (I: 24). Elogió sus trenes, sus instalaciones portuarias, sus ascensores, sus luminosos eléctricos, sus rascacielos y demás rasgos de ciudad moderna. La consideró la “urbe de los milagros, patria de los magos”, donde residían los “creadores de los más asombrosos inventos de nuestro siglo; poetas de la acción que [despreciaban] la palabra ‘imposible’, trabajando con la fe de los antiguos alquimistas para transmutar el ensue-

ño quimérico en realidad luminosa” (I: 29). Una ciudad –de las más “hermosas de la tierra”– en la que “todo se [renovaba] incesantemente y el desinterés heroico [sucedió] al egoísmo brutal”, hasta tal punto que la imaginación se resistía en el primer instante a concebir tales adelantos como humanos (I: 23, 29). Todo ello había generado una cultura que hacía “pensar en el empuje sobrehumano de los inventores, los cuales solamente [realizaban] sus descubrimientos atropellando [...] [las] convenciones que [encadenaban] a sus contemporáneos” (I: 22). En suma, si el eje de la historia había estado hasta la fecha en Europa, ahora residía “en la ribera occidental atlántica” (I: 24).

Maeztu viajó a los Estados Unidos en 1925. Su viaje le reafirmó en la idea de la gran prosperidad que había generado su sistema económico. Es más, tal prosperidad no se podía reducir a puro materialismo, sino que se sustentaba en una sólida base moral. Esta postura resulta sorprendente si la comparamos con la de aquellos conservadores que desde mediados del siglo XIX contraponían el espiritualismo y la religiosidad de los españoles al materialismo y la inmoralidad de los estadounidenses. La argumentación de Maeztu (2013, 28) se basaba en la distinción entre “el sentido reverencial” y “el sentido sensual” del dinero, y cómo uno era la antítesis del otro. En los Estados Unidos el sentido reverencial del dinero era lo que predominaba: “El espíritu de piedad, unido al de trabajo, produce la riqueza, lo mismo entre los países católicos que entre los protestantes. En cambio, el espíritu sensual conduce a la miseria en todos ellos” (30).

Un caso diferente era el de las repúblicas hispanoamericanas y España, en donde se daban dos personajes muy comunes: el juerguista y el asceta. El primero concebía el dinero y el poder derivado del mismo como una “posibilidad de placeres”, a diferencia de aquel otro que había acumulado su fortuna “a fuerza de privarse de los placeres que le pedía el cuerpo, [y para quien] el dinero se le [había] espiritualizado, porque la propia alma se le [había] fortalecido por el ascetismo, al desprenderse, poco a poco, de los impulsos naturales” (35-36). En los Estados Unidos, más que juerguistas y ascetas predominaban empresarios que dinamizaban la economía. Empresarios –como Ford– parcos en sus hábitos que trabajaban, ahorraban e invertían (91-92). Es clara la influencia de Max Weber en el planteamiento de Maeztu, aunque paradójicamente este puntualizó que la ética del trabajo y el ahorro no se daban exclusivamente en los países protestantes.

Otro hecho que destacó el escritor vasco fue que los empresarios estaban protegidos por la opinión pública. Los Estados Unidos habían sido fundados “por hombres como Franklin, que no consideraban el ahorro y el dinero como meras conveniencias”, sino que creían que el individuo tenía “la obligación moral de enriquecerse” (176). Pero lo más importante era que los empresarios no se enriquecían a costa del resto de los ciudadanos: “Si en las viejas sociedades de Europa es frecuente que no se enriquezcan los hombres sino empobreciendo a los demás, en los Estados Unidos, al contrario, el tipo normal del millonario es el del hombre que ha hecho su dinero creando nuevas fuentes de riqueza que han enriquecido a sus conciudadanos” (205). Es decir, los empresarios generaban un sistema económico que era un juego de suma positiva. Como se reiterará en el apartado cuarto, los empresarios contribuían al bienestar de los trabajadores pa-

gando sueldos altos y produciendo bienes baratos y de calidad. El sistema económico estadounidense era todo lo contrario a un casino o una banda de gánsteres (como sostenían algunos críticos, para quienes unos ganaban a costa de otros en un juego de suma cero). Además, el éxito económico era compatible con la existencia de un pueblo culto, tal como se podía apreciar en Nueva Inglaterra (97).

En suma, “ni el lujo, ni la especulación, ni la estafa, ni la inmoralidad” eran capaces de crear capitales”, ni tampoco el buen clima o la abundancia de recursos naturales (26, 50, 61, 103-104). El origen de la riqueza estaba en el trabajo, como ya había apuntado Adam Smith. El espíritu sensual conducía a la miseria y el espíritu reverencial, a la prosperidad y bienestar material. En 1898 los españoles –guiados por lo sensual– tuvieron que aprender de los estadounidenses –guiados por lo reverencial– que “sin la riqueza no [había] poder” (128).

Pérez de Ayala pasó amplios periodos de su vida en los Estados Unidos (1913 y 1919-1920). Describió todos los rasgos de la prosperidad de este país, al que calificó de “extraordinario”; es más, era “el país del futuro” (Pérez de Ayala 2013, 126-127, 156). Discrepó de aquellos que consideraban que no tenía historia y dudaban de su civilización. Era cierto que no destacaba por sus gestas bélicas, pero sí por “un acopio de invenciones útiles de las cuales a diario nos aprovechamos”. Su “genio inventivo” era “una de las características” de este pueblo (143). En definitiva, los estadounidenses sobresalían por ser “inventores de cosas pequeñas, gracias a las cuales abarcamos el espacio con la diestra y detenemos el tiempo cuando nos conviene, como Josué detuvo el Sol”; también ensalzó a los millonarios “dinámicos” (147, 171).

Si Maeztu había establecido ya la relación entre moral (instituciones no formales) y prosperidad, Pérez de Ayala hizo también especial hincapié en la vinculación entre prosperidad e instituciones, tanto formales como informales. Por una parte, se refirió al gran experimento que significaba su sistema democrático, que formaba “un todo simétrico” y cuyas partes habían sido elaboradas “casi al mismo tiempo”, a diferencia de las instituciones europeas; era un experimento a tener en cuenta, pues sin duda marcaría el camino “al resto del mundo civilizado” (138). Por otra parte, subrayó que también había “instituciones no políticas que sería imperdonable desdeñar: ciertas fuerzas intelectuales y espirituales que [creaban] la familia, la religión, el arte”; precisamente gracias a ellas las leyes se cumplían en los Estados Unidos (139, 189). Existía una cierta hipocresía, pero era preferible la hipocresía, que reconocía y acataba la virtud, al cinismo, que la ignoraba o la denigraba (191).

Pérez de Ayala negó la existencia de una “raza anglosajona” pues en ese país, Estados Unidos, convivían diferentes grupos étnicos; pero lo cierto era que los inmigrantes de diferentes procedencias y razas, cuando llegaban a los Estados Unidos, acataban unas normas que habían sido configuradas por los primeros puritanos ingleses. Es decir, “los Estados Unidos [habían] heredado de Inglaterra el amor por las instituciones vivas y de natural crecimiento”; en un pasaje muy hayekiano, apuntó que los anglosajones, a diferencia de los latinos, sabían que “sus leyes e instituciones no [eran] obra

de construcción [deliberada], sino de crecimiento [espontáneo]; no [eran] estructuras ni mecanismos, sino organismos” (195).

Este entusiasmo por lo estadounidense no se resintió por la crisis del 29. Poco antes del *crack*, el agrarista Eleuterio Abad (1929, 59-60) llamó la atención sobre el buen nivel general de bienestar de los granjeros, que habían visto roto su tradicional aislamiento rural gracias a la generalización del teléfono, el servicio postal, la radio, la compra por correo, el automóvil o la extensa red de carreteras. Entendió que el crecimiento urbano en suburbios ajardinados de baja densidad posibilitado por el coche, como en el caso de Los Ángeles, apuntaba hacia una recuperación del contacto del ciudadano con la naturaleza y –por tanto– hacia una elevación de su calidad de vida. También subrayó como un signo de progreso el gran desarrollo alcanzado por el turismo de naturaleza, vinculado a parques nacionales y entornos naturales perfectamente preparados y equipados para visitas masivas. En este sentido, González Echarte y Otamendi ya se habían referido en 1905 a la excelente organización turística de las cataratas del Niágara.<sup>4</sup> En general, para la década de los veinte, el turismo de masas era un hecho muy consolidado en los Estados Unidos, teniendo en el automóvil –que se había generalizado– uno de sus pilares básicos (Heras 1929, 205).

Tomás Espuny (2002, 60-61), un empresario que estuvo en Nueva York entre octubre y noviembre de 1929 para colocar algunas partidas de aceite de oliva, fue testigo directo del *crack* de Wall Street, que atribuyó a una desenfrenada especulación que había dado lugar a un crecimiento meramente financiero, sin correlato en la economía real. Pero, al mismo tiempo, Espuny se mostraba admirado por cosas que consideraba propias de una sociedad económicamente avanzada. Por ejemplo, la absoluta libertad de horarios comerciales de Nueva York, la frenética actividad portuaria, la buena organización de los transportes urbanos e interurbanos, la amplia disponibilidad de confortables hoteles, la variedad de periódicos y revistas especializadas, la gran oferta de entretenimientos y actividades culturales (teatros, cines, parques de recreo, etc.), o la eficacia de los servicios municipales (alumbrado, limpieza, incendios, etc.) y de los servicios postales, telefónicos y telegráficos (40-44). Según Alemany (1903, 65), esto último se debía a la peculiar postura de la ciudadanía frente a la autoridad pública: el estadounidense consideraba “obligación sagrada el pago de tributos, [pero era] exigente con el Estado hasta un grado inverosímil en todo lo relativo a esos mismos servicios”.

Ya en plena depresión de los años treinta, el periodista Pedro Segura (1935, 99) se mostraba optimista frente al futuro del país y seguía considerando a los Estados Unidos un modelo a imitar. Era “evidente que el ambicioso [...] plan de Roosevelt y sus hombres no [había] dado el resultado apetecido”, pues subsistía el problema del paro forzoso; sin embargo, reconocía que al menos se habían lanzado a actuar (105). Terminaba apelando a imitar en España la capacidad de superación, trabajo y emprendimiento de los estadounidenses, su vida dinámica, su “portentosa organización”,

<sup>4</sup> *Madrid Científico* 1905, nº 476, 34.



sus “grandes instituciones”: “¡Ah, si nosotros supiéramos también tomar algo de la energía creadora del *yankee* y con una sonrisa en la cara, dejando de lado las pequeñas querellas, nos dispusiéramos a trabajar de verdad para cimentar la grandeza futura de nuestra tierra!” (175). Frente al tópico del materialismo estadounidense, Segura identificaba un claro interés por la cultura, el arte, la literatura y los clásicos apoyado en un espléndido mecenazgo y un pujante asociacionismo. Era cierto que las clases medias disfrutaban de notables comodidades materiales (automóviles, electrodomésticos de todo tipo, viviendas unifamiliares con jardín, etc.) y que la omnipresente publicidad incitaba continuamente al consumo en una gran variedad de establecimientos (grandes almacenes, cadenas de tiendas, etc.), pero también era verdad que todo ello iba acompañado de buenas librerías, prestigiosas revistas, impresionantes montajes teatrales, magníficos museos, grandes bibliotecas, etc. (40-42, 62-68, 113-118). Muchos años antes, en 1903, José de Alemany ya había arremetido contra los prejuicios –acrecentados durante la Guerra de Cuba– que presentaban a los estadounidenses como gentes materialistas, egoístas y groseras; para él, la laboriosidad, sencillez, afabilidad y cierto utilitarismo del carácter estadounidense se combinaban con un notable nivel de lectura, un buen sistema de instrucción pública y una gran pasión por el teatro y los espectáculos.<sup>5</sup>

De algún modo, muchos autores españoles apuntaron al marco institucional como elemento esencial para entender el buen desempeño económico del país. Estos fueron los casos –como ya se ha dicho– de Maeztu y Pérez de Ayala, pero también de Alemany (1903, 119), que destacaba el amplio margen existente para la libertad individual en combinación con un notable grado de respeto a la ley y al principio de autoridad. Maristany (1905, 264-265, 293-294) consideraba, asimismo, que en los Estados Unidos se había logrado forjar una disciplina social o espíritu colectivo por encima del individualismo, de la variedad de estados de la unión y de la diversidad social derivada de la fuerte inmigración. Por su parte, el empresario bilbaíno José de Echevarría (1916, 10-11, 18-36) –que viajó a Estados Unidos para intentar fomentar la exportación de ciertos productos– entendía que, frente a la “España sin pulso” de la que había hablado Silvela y cuya Administración estaba devorada por la corrupción generalizada, los Estados Unidos representaban un modelo de “buen gobierno” a imitar. Y para Criado (2004, 73-74, 96), la capacidad organizativa del gobierno estadounidense revelada durante la Gran Guerra era también digna de admiración, y reforzaba la confianza del pueblo en unos gobernantes que en general habían venido actuando con acierto en el pasado.

Esta posición entusiasta a favor de los Estados Unidos fue contrarrestada por la de aquellos otros que subrayaron el materialismo que generaba su sistema económico. El catedrático Adolfo Bonilla, invitado en 1924 por la universidades de Berkeley y Yale para impartir cursos de literatura española, se mostró muy crítico con el crudo culto al dinero que detectó en los Estados Unidos, donde la “prosperidad material había sido

<sup>5</sup> Alemany 1903, 18-21, 35-41, 69, 109, 119.



alcanzada a costa del sacrificio de otros intereses”; el pragmático y utilitarista pueblo estadounidense daba una gran importancia a las cuestiones mercantiles, pero por el contrario carecía en general de “espíritu artístico”; y es que una “desconsoladora falta de espiritualidad” era la “impresión trágica que [producía] la civilización norteamericana” (Bonilla 1926, 12, 21-22, 36). Todo se mercantilizaba. Por eso, para él España era, pese a sus malos gobiernos y sus deficiencias de instrucción, un país “más libre, más culto y más humano” (14). El *Diario de un poeta recién casado* (1916) de Juan Ramón Jiménez –publicado el mismo año que viajó por los Estados Unidos– contiene esta misma crítica. Juan Ramón quedó sorprendido del bienestar material estadounidense, pero criticó su materialismo y su sociedad, que generaba pésimos poetas y que –pese a su opulencia– carecía de ideales: “América es como una rueda que gira incesante pero que no adelanta. No adelanta porque como puede comprar su fantasía, no tiene ideal” (Jiménez 1970, 298).

El pintor y periodista Eduardo Criado Requena, que trabajó en Nueva York entre 1917 y 1918 en las publicaciones *Pictorial Review* y *El Gráfico*, intentó situarse objetivamente entre la admiración incondicional de Mariano Alarcón (1918), que parecía ver en la ciudad de los rascacielos el emblema del futuro y de la utopía del progreso ilimitado, y la crítica radical del citado Adolfo Bonilla, que incidía en el materialismo y la deshumanización de la sociedad estadounidense. Sin embargo, en la práctica acabó coincidiendo en mayor medida con las apreciaciones de este último: aunque nadie les aventajase “en el terreno práctico de la vida”, “en arte y en espiritualidad [tenían] mucho que aprender todavía los Estados Unidos de la vieja Europa” (Criado 2004, 136). La “candidez e infantilismo del americano respecto al arte”, que le hacía excesivamente benévolo con los artistas, se correspondía con su desmedida autoconfianza y su interés restringido al “conocimiento de su [propio] país y la especialización en su profesión u oficio” (76-77, 113). Por otra parte, la civilización estadounidense ensalzaba la juventud, el culto al cuerpo y el ejercicio físico, otorgando al mismo tiempo un lugar protagonista al mundo de los negocios, y todo ello a costa de un desarrollo cultural menos profundo y enciclopédico que el europeo (71-73, 76-77). No obstante, había que reconocer que en muchas cosas (amor al trabajo, sentido práctico, patriotismo, capacidad innovadora, ambición, etc.) los estadounidenses daban toda una lección a países como España (146).

En un sentido similar se expresaba el periodista Lorenzo Bello, que cruzó el país de costa a costa en 1917 dentro de un viaje alrededor del mundo que culminaría en 1919. Bello, que había sido soldado en Filipinas el año que se perdió dicha colonia, identificaba como el estadounidense-tipo a aquel fundamentalmente interesado en los deportes, que carecía “de inquietudes espirituales” y que no creía que hubiera “en el mundo nada digno de su entusiasmo que no [estuviera] comprendido entre Broadway y la Quinta Avenida”; y también al hombre de negocios de “ceño duro y gesto audaz” que vivía para el trabajo, siempre al tanto de cotizaciones, precios y mercancías (Bello 2014, 194). Por otra parte, la cara B del fuerte desarrollo industrial y financiero estadounidense parecía ser –como en el distrito fabril y ferroviario de Chicago– un entor-

no acusadamente hostil e inhumano: fragor infernal de tráfico, cables, humo, polvo, ruido, aplastante uniformidad y horrible fealdad estética de millares de edificios de ladrillo y cemento armado (190). Algo parecido reiteraría bastante tiempo después el corresponsal de *ABC* Jacinto Miquelarena (1930, 65, 84, 90-94); por un lado, el fuerte materialismo: “parece que se ha llegado a la convicción de que solamente los intereses del progreso material son los de la época. Lo demás es de museo”; por otro, el “ritmo acelerado y un poco brutal” de la muchedumbre, “envuelta en un vaho de clamores” y trepidantes máquinas, inmersa en una existencia muy competitiva.

José Moreno Villa, director de la revista *Arquitectura* y archivero en la Facultad de Farmacia de Madrid, viajó a los Estados Unidos para conocer a su futuro y rico suegro. Aunque finalmente se frustró la boda, escribió un libro sobre su experiencia americana que publicó en 1927, y en el que intentó exponer el “mecanismo” de la sociedad estadounidense (Moreno Villa 1989, 14). No escatimó elogios, sin ir más lejos, a la grandiosidad estadounidense reflejada en su arquitectura o al dinamismo de su gente, pero añadió una larga lista de asuntos negativos empezando por la falta de “ternura” o “sentimiento” de sus habitantes (42). Criticó –por ejemplo– la vida mecanizada y acelerada; el que los maridos y las mujeres hiciesen vida independiente con la consiguiente destrucción del hogar (15-16); la igualdad entre ambos sexos, que realmente se traducía en que el hombre estaba a la baja y la mujer, al alza (18); la obsesión por la higiene y lo nuevo (“la demolición constructiva” del sector inmobiliario) (22); las numerosas regulaciones (someter “a reglas la vida para ejecutar lo nuevo sin barullo”) (29); y el que las universidades tuvieran mucho de “business” sin avergonzarse (37). Todo ello chocaba con el “señorío” español no preocupado por el dinero, sino por la persecución de fines más elevados, y también redundaba en un país de “gentes superficiales, mecánicas y desnaturalizadas” (27, 33). Una civilización comercial, “manca y superficial”; el “triuvirato de los tiempos nuevos: energía, esfuerzo, eficiencia”, venía acompañado de “uniformidad”, “universalidad” y “transformación” (32, 43, 47-48). En suma, en Europa la vida podía ser más sosa, pero los individuos no eran un simple número (53-55).

El escritor, periodista y poeta Luis de Oteyza sintetizó las experiencias de su viaje a los Estados Unidos en la novela *Anticópolis* (1931), donde expuso los argumentos a favor y en contra de dicho país. Puso las ventajas del sistema socioeconómico estadounidense en boca de personajes secundarios como un médico o un inventor, Antonio Nieto, que decidió irse a los Estados Unidos a realizar sueños que no se cumplieron, pese a lo que murió entusiasmado con su país de adopción. Según el primero de los personajes, Nueva York debiera llamarse Anticópolis por ser la ciudad de la anticipación: iba “muy por delante de todas las demás ciudades en la marcha hacia el futuro. Tanto materialmente, [por] la audacia de sus construcciones, como espiritualmente, [por] el frenesí de sus habitantes” (Oteyza 1931, 166). Es más, todas las urbes acabarían pareciéndose a Nueva York. No obstante, la verdadera protagonista de la novela, que era Jesusa –viuda de Nieto–, no acababa de entender el sistema socioeconómico estadounidense. Esta aristócrata de postín venida a menos reconocía

los avances materiales de los Estados Unidos y sus oportunidades de trabajo bien remunerado, pero se quejaba del elevado coste de la vida y se veía abrumada por los rascacielos, aturdida por los ruidos, deslumbrada por las luces y “torturada por la materialidad de aquel vivir”; denunciaba, en definitiva, el retroceso de la moralidad en aquel próspero país (39, 68, 111, 167).

De hecho, los hijos del matrimonio habían asumido “el aforismo de la moral de Wall Street: lo único deshonesto [era] no ganar dinero” (65). Hijos integrados en una sociedad materialista en la que aparentemente triunfaban, pero padeciendo los males morales de la misma. Es decir, la prosperidad –a diferencia de lo mantenido por Maeztu– no iba unida a la moralidad: los hijos de Jesusa eran una lesbiana, una adúltera, un cornudo y un gánster; y por si ello fuera poco, el más pequeño había abandonado la fe católica convirtiéndose en sacerdote evangelista. Ante tal panorama, la protagonista del relato no dejaba de renegar de una sociedad tan materialista por sus pésimas consecuencias morales. Y no se movía un ápice de su postura por más que el médico le contra-argumentase: “El progreso no es malo nunca, aunque traiga alguna consecuencia mala, malísima, perversa: trae, en cambio, infinitas consecuencias excelentes [...] [que] no se aprecian hasta el fin” (226-227). En suma, esta novela exponía con claridad la disputa entre aquellos que presentaban a los Estados Unidos como la tierra de la prosperidad y aquellos que incidían en los nefastos efectos que acarrea dicha prosperidad, sintetizados en el más puro materialismo.

## INNOVACIÓN TECNOLÓGICA Y GRANDES EMPRESAS FRENTE A MAQUINISMO, ESTANDARIZACIÓN DESHUMANIZADORA Y PODER DE MONOPOLIO

En el apartado anterior se han expuesto los elogios de literatos, ensayistas, periodistas, urbanistas y empresarios al sistema económico estadounidense. Todos, como López Valencia (1919, 49-50), suscribieron de pasada el papel desempeñado por la tecnología en su éxito: “El ideal moderno respecto del trabajo consiste en que el hombre se limite a poner en movimiento y dirigir una multitud de máquinas que trabajen en lugar de él”. Este apartado se ocupa precisamente de los ingenieros y técnicos especializados que se centraron en destacar la importancia de las innovaciones tecnológicas llevadas a cabo al otro lado del Atlántico. Pero también analiza el testimonio de los no ingenieros para ilustrar la postura de los críticos, de aquellos que hablaron del maquinismo y la estandarización deshumanizadora. Por cierto, estos últimos fueron ridiculizados por Blasco Ibáñez (2007, I: 22) como esnobs que denigraban la cultura del otro lado del Atlántico, pese a ser “reflejo característico del pueblo que más estupendos milagros [llevaba] realizados en la época presente por su deseo de mejorar nuestra existencia material”.

Pocos viajeros españoles se fijaron en la América rural y el sector primario, donde también se había producido una profunda transformación económica vía innovación y mecanización sistemática. Fue el caso de López Valencia y Eleuterio Abad, presidente

de la Cámara Agrícola de Alicante. Abad visitó los Estados Unidos en 1927 como asistente al primer Congreso de la Ciencia del Suelo celebrado en Washington. Quedó fascinado por la eficiencia y buena organización de la administración agrícola, que entre otras cosas se dejaba notar en una amplia asistencia técnica a los agricultores con apoyo de la ciencia: “allí todo es dirección” (Abad 1929, 8). En su recorrido por el país de costa a costa admiró su enorme riqueza agrícola y pecuaria, relacionándola con el empleo de todo tipo de “portentosas maquinarias”, la multitud de estaciones experimentales vinculadas a las universidades, el control científico de plagas, la aplicación sistemática de fertilizantes, o la formidable red de comunicaciones. Destacó especialmente las obras hidráulicas, el vergel californiano, la impresionante industria agroalimentaria de Chicago y el mercado ganadero de Kansas. Y, asimismo, fueron objeto recurrente de sus elogiosos comentarios la notable escala media de las explotaciones visitadas y sus altos rendimientos. En particular, le llamó la atención la excelente organización de algunas granjas de ganado vacuno, con una cuidadosa selección de razas y una completa automatización de tareas (ordeño, pasteurización, desnatado, embotellado, etc.) (69-74, 97-107, 163-171).

El impresionante desarrollo ferroviario fue ensalzado por la mayoría de los viajeros españoles. Casi todos se refirieron a la comodidad de los vagones *pullman*, la velocidad de los trenes transcontinentales y la completa generalización del uso de este medio de transporte. Pero, sin duda, quien prestó más atención al tema fue Eduardo Maristany, el reconocido ingeniero de caminos, futuro presidente de MZA (1908-1934) y delegado del gobierno español en el Congreso Internacional de Ferrocarriles celebrado en Washington en 1904. Consideraba que el ferrocarril se había convertido en los Estados Unidos en palanca fundamental de riqueza, “vía de comunicación universal” y “elemento principal del industrialismo”, contribuyendo no solo a la integración del mercado nacional, sino también a la “fusión de hábitos y costumbres” en un país de fuerte inmigración (Maristany 1905, 17, 19). El criterio constructivo, siempre bajo iniciativa privada, había sido el de rapidez y baratura, esto es, que las líneas pudieran entrar en servicio cuanto antes para luego proceder a su mejora, lo que explicaba –por ejemplo– la abundancia de pasos a nivel y el intento de minimizar el movimiento de tierras o los túneles (27-56, 109). Pero al margen del colosal tamaño de la red y de ciertas innovaciones en el material rodante, lo verdaderamente novedoso era la organización general de las compañías ferroviarias, que Maristany describió con detalle y que hoy identificamos con el nacimiento de la gran empresa moderna: una sociedad con estructura multifuncional y separación entre propiedad y control, que acudía a los mercados de capitales para financiarse, y que aplicaba métodos innovadores de gestión y contabilidad analítica (137-201).

Los ingenieros de caminos Antonio González Echarte y Miguel Otamendi visitaron la Exposición Universal de San Luis en 1904, al tiempo que aprovechaban para asistir como representantes de España al Congreso de Electricidad celebrado en esa misma ciudad. Ambos tendrían luego un papel destacado en la construcción del metro madrileño. Dedicaron especial atención a las innovaciones técnicas y al desarrollo

industrial. Destacaron las avanzadas centrales eléctricas, como las de Nueva York o las de las cataratas del Niágara, y quedaron asombrados ante la magnitud, completa mecanización y secuenciación de tareas de las industrias cárnicas de Chicago. Asimismo les impresionó esa “colmena industrial” que era Pittsburgh, “capital siderúrgica del mundo” y sede del *trust* del acero, donde quedaba perfectamente patente el genio inventivo y emprendedor estadounidense.<sup>6</sup> De Nueva York admiraron la audaz resolución de problemas de construcción en altura, movilidad y organización, dada la alta densidad de población: maravillas de la ingeniería como el puente de Brooklyn o algunos rascacielos; el eficiente metro; los rapidísimos ascensores eléctricos de algunos lujosos hoteles; e incluso la maravilla técnica de la montaña rusa en Coney Island.<sup>7</sup> Visitaron además el MIT en Cambridge y algunos centros señeros en tecnología, como la enorme central telefónica de la American Telephone and Telegraph Company en Boston; los talleres de la General Electric en Schenectady (con su propio departamento de investigación y desarrollo); o las grandes fábricas en Pittsburgh de Carnegie (acero) y Westinghouse (material eléctrico). De todo ello concluyeron que “la superioridad de los *yankees* sobre los europeos” era “incontestable”, dados sus “prodigiosos” ingenios mecánicos y su mano de obra altamente especializada.<sup>8</sup>

Otro de los ámbitos admirables del desarrollo estadounidense era la innovación en los modos de distribución y venta a gran escala. Los estadounidenses habían sido pioneros en nuevas formas de comercialización (grandes almacenes, cadenas de tiendas, bazares, venta por catálogo y por correo, etc.), y seguían liderando estas actividades con llamativos ejemplos como los almacenes Emporium de San Francisco o el imperio de bazares de W. Woolworth. Como reflejo de su éxito, este había construido en Nueva York un suntuoso rascacielos, verdadera “catedral del comercio”, desde cuya cima se divisaba un grandioso espectáculo que ponía de manifiesto “la eficacia del esfuerzo humano” (Bello 2014, 145-153, 215-220).

Aunque ningún viajero negó la capacidad inventiva y los avances tecnológicos estadounidenses, muchos incidieron en el coste “social” que acarreaban. Jardiel Poncela viajó a los Estados Unidos contratado por los poderosos estudios hollywoodienses Fox entre septiembre de 1932 y mayo de 1933, y entre julio de 1934 y abril de 1935. Describió todos los símbolos de la sociedad y la economía modernas: desde el bullicio, las grandes avenidas, los rascacielos, los restaurantes, los grandes almacenes y los anuncios luminosos, hasta la máquina Singer, la montaña rusa, el hormigón armado, el acero o el agua filtrada. Pero sobre todo enfatizó que en los Estados Unidos “todo se [compraba]: todo se [vendía]” (Jardiel 1955, 44). También criticó la xenofobia reinante en la aduana neoyorquina: al extranjero se le miraba con malos ojos, tanto si traía un contrato de trabajo (por quitar un puesto a un estadounidense), como si no lo traía (por engrosar el número de parados). Dio cuenta igualmente del crimen organizado

<sup>6</sup> *Madrid Científico* 1905, nº 486: 195-196.

<sup>7</sup> *Madrid Científico* 1904, nº 472: 545, 548; nº473: 565-568; 1905, nº474: 5.

<sup>8</sup> *Madrid Científico* 1905, nº 475: 21-22. En el mismo sentido, Cabrerizo 1905, 24-25 y 35.

en Chicago y de la discriminación de los afroamericanos (35-40, 54-56, 367-370). De lo que vio a través de la ventanilla del tren escribió: “Todo exacto. Todo idéntico. Es lo ‘standard’” (59). Las ciudades también eran “standard”, incluida Los Ángeles, con sus estudios cinematográficos, cines, clubes nudistas y grandes mansiones de actores de moda (61, 68, 70-73). Hollywood, donde todo el mundo trabajaba aunque no lo pareciese, era “una ciudad con una rubia para cada habitante; un automóvil para cada seis habitantes; un cine para cada cien habitantes; y una playa para cada mil habitantes” (73, 86). No obstante, hasta las mujeres rubias eran también estándar (74).

Julio Camba, periodista y corresponsal en varios países, estuvo en dos ocasiones durante un largo periodo en los Estados Unidos, en 1916 y 1929. La impresión de su primer viaje no pudo resultar más negativa: “Fuera de la mecánica, apenas si existe allí nada verdaderamente importante. La cocina es pésima y la literatura es abominable [...] No existen tradiciones americanas [...] Las ciudades son horribles en Norteamérica. La vida es áspera y espantosa” (Camba 1934, 9-10). Una nueva civilización donde la técnica y la mecánica desempeñaban un papel principal en detrimento de los sentimientos (11-13). No obstante, sin negar las posibilidades de la tecnología y elogiando a los Estados Unidos como un país en que lo imposible no existía, concluyó que Nueva York era “una demostración práctica de cómo se [podía] vivir mal con muchos trenes y muchos tranvías y muchos teléfonos y muchos ascensores y mucha calefacción” (29). Además, su sistema económico —basado en la tecnología— derivaba en la formación de grandes *trusts*: “Toda América está en manos de los *trusts*. Aquí hay una esclavitud económica, como tal vez no exista en ningún otro lado, y aquí hay clases. Son clases sin tradición, sin buen gusto, sin viejos castillos y sin retratos de familia, pero son más poderosas que las clases europeas” (33-34).

Como otros autores críticos, Camba también incidió en el materialismo de la sociedad estadounidense: el dinero se había convertido en “la medida de todos los valores” y los hombres valían según lo que tenían. Se enaltecía todo lo que a los europeos les parecía “repugnante”: el “grosero materialismo”; una cultura en la que la cantidad y el record primaban sobre la calidad (36-37, 195). Y para finalizar su argumentación comparó la economía estadounidense con los casinos de Montecarlo, donde lo que ganaba uno lo perdía otro: “La historia de Rockefeller es la historia de un jugador. A veces, Rockefeller ha arriesgado toda su fortuna a una carta, y si ha ganado, fue porque sus contrincantes no se atrevieron con él y se retiraron” (60).

En la crónica de su segundo viaje —escrita tras la crisis del 29— ahondó en su crítica a la estandarización —e incluso automatización— de la economía y sociedad estadounidenses (Camba 2002, 246). Todo se hacía en serie: “Trajes en serie”, “Humor en serie”, “Literatura en serie”, “Crímenes en serie” y “Narices en serie” gracias a la cirugía. Las grandes corporaciones funcionaban de “un modo puramente mecánico”, es decir, contra la inteligencia. Llegó afirmar que no se esperase aportación filosófica alguna de los estadounidenses, sino “una aportación mecánica”. Los hombres acababan siendo esclavos de las máquinas y además no podían tener “gustos contrarios a sus funciones”, de forma que los Estados Unidos se habían convertido en una sociedad infantil, insulsa



y de insectos (55-56, 159-160, 211-233, 251-252). En definitiva, “la estandarización de la producción [era] causa de la estandarización del hombre, a fin de poder producir en una escala correspondiente a la magnitud de la población” (134). En este marco encajaba perfectamente Henry Ford, quien pensaba: “vamos a darles [a los trabajadores] unos salarios muy altos, para que nos hagan unas manufacturas muy baratas y así, a medida que nos las vayan haciendo, podrán ellos mismo irnoslas comprando” (135). De la estandarización pasó a criticar su generalización, llamándola americanización y relacionándola directamente con la idiotez, de manera que en lo literario la única invención americana había sido la “literatura comercial”, es decir, los anuncios (115, 137). A final, Camba concluía que entre la Rusia soviética y los Estados Unidos no había tantas diferencias: ambas representaban “la máquina contra el hombre, la estandarización contra la diferenciación, la masa contra el individuo, la cantidad contra la calidad, el automatismo contra la inteligencia” (147).

Es decir, “los millonarios [desempeñaban] en la vida americana una función de carácter eminentemente comunista: la de acumular el dinero que [sobraba], una vez cubiertas las necesidades del pueblo [...]. Pero, dentro de poco, todo el dinero de América [estaría] en manos de seis o siete personas, y para la colectividad [sería] exactamente igual tenerlo en poder de ellos que tenerlo en poder del Estado”, pues los millonarios invertían en museos o bibliotecas como el Estado (151). En suma, cabía resumir la situación bajo el lema “Al embrutecimiento por la cultura”.

Como colofón a su argumentación destacó el papel que desempeñaban los gánsteres y el consumismo en la economía estadounidense: “El público compra no porque necesite comprar, sino porque está dentro de la organización en concepto de comprador” (200). Economía estandarizada, gansteril y consumista a la que se había unido, después de la crisis del 29, “la orgía bursátil”. Con todo, pese a la gran crisis económica, la enorme vitalidad del país se traducía “fatalmente en nuevos y formidables negocios” (12, 16). Camba pronosticaba: “Los Estados Unidos tienen un poder de expansión enorme, y poco a poco, no sólo Hispanoamérica, el mundo entero caerá bajo su influencia. Para una civilización como ésta, de carácter exclusivamente mecánico, no hay límites posibles” (174).

## TIERRA DE OPORTUNIDADES Y ARMONÍA SOCIAL FRENTE A TIERRA DE DESIGUALDADES ECONÓMICAS Y RACIALES

Para algunos, los Estados Unidos no solo representaban la quintaesencia del progreso económico y de la innovación tecnológica y empresarial, sino que –como se verá a continuación– también encarnaban la tierra de las oportunidades, la buena convivencia entre capital y trabajo, y la plena incorporación de la mujer a la vida laboral. Sin embargo, para los críticos lo que verdaderamente primaba al otro lado del Atlántico era la inequidad, el darwinismo social, la discriminación racial y la mediocre homogenización.



López Valencia (1919, 194) destacó la armonía entre trabajadores y empresarios: “el obrero americano es un trabajador hábil y rápido, y, como su patrono, su único fin es ganar mucho dinero y conseguir la independencia económica, convirtiéndose en patrono a su vez; y en esto tiene muchos ejemplos que imitar, pues [...] la mayoría de los actuales industriales y grandes patronos americanos proceden de las filas obreras”. Sus salarios eran más elevados que los europeos, disfrutaban de seguros de vida baratos, y gracias a su especialización producían bienes a precios bajos (71-82, 195). Su alta productividad se explicaba por su formación, la inversión de capital y la higiene en el puesto de trabajo (203). Sin embargo, no ocultó los problemas de la población afroamericana, “muy atrasada en punto a instrucción, moralidad e higiene, a pesar de la activa campaña que se [hacía] en pro de su mejoramiento” (138).

También Maeztu (1955, 311) sostuvo que los Estados Unidos eran una tierra de armonía entre empresarios y trabajadores y, sobre todo, de oportunidades para estos últimos. Lo increíble era que la prosperidad estadounidense llegaba a todos los estratos sociales, contradiciendo así las predicciones marxistas. De hecho, “el ideal” de los estadounidenses consistía en “la progresiva y continua elevación de la manera de vivir del tipo medio de sus hombres y mujeres” (131). Era un pueblo donde todos los individuos trabajaban, poseían, ahorraban y gastaban, y que pelearía contra todo aquello que se opusiese a “la continua ascensión [...] a un tipo mejor de vida” (134). Este elevado nivel de vida –consecuencia del ahorro y la inversión– conducía a su vez a salarios elevados y a la producción de bienes baratos y de calidad que redundaban en beneficio de los trabajadores.

La búsqueda de un elevado nivel de vida no se sustentaba tanto en un supuesto utilitarismo, como en unas arraigadas concepciones religiosas que estimulaban al trabajo y al esfuerzo (193). Y, por si ello fuera poco, a esa concepción religiosa se añadía el espíritu de frontera de los *pioneers* que habían descubierto nuevos territorios en el Oeste convirtiéndose en colonos y propietarios. Finalizada la colonización, “el norteamericano [seguía] creyendo que el mundo [era] suyo”. Era una sociedad en la que los obreros parecían burgueses y los burgueses obreros, y en esta labor niveladora la educación también había desempeñado un papel sobresaliente (120-121). A diferencia de otros países, se ponía especial interés en la educación de la mujer, y así las mujeres de clase media trabajaban habitualmente en oficinas y comercios y eran independientes (27, 78). Sin embargo, Maeztu encontró diferencias entre católicos y protestantes en su concepción de la educación: los primeros la entendían como una preparación para la vida contemplativa, y los segundos –en cambio– para la vida activa. Además, los ricos católicos invertían en conventos e iglesias principalmente, mientras los protestantes se consagraban a financiar la educación y otras obras sociales.

Luis García Guijarro (1913, 181), que pasó dos años en los Estados Unidos (1909-1910) becado por la Junta de Ampliación de Estudios, sostuvo –como Maeztu– que en los Estados Unidos no solo había agiotistas, sino también “grandes pensadores y moralistas”. Era cierto que la fuerza del pueblo americano se sustentaba en su “tripartita y única fórmula: dinero, dinero, dinero”, pero habían dado un “paso de gigante”

y ahora los propietarios de grandes fortunas financiaban museos, universidades, sociedades científicas y fundaciones como la Hispanic Society of America; asimismo, patrocinaban a artistas como Sorolla y Zuloaga (24, 27, 33-42). Para los emigrantes, la sola mención de este país significaba dinero, libertad y buenos salarios. La vida estadounidense ejercía una “mágica” influencia sobre los emigrantes que los transformaba a base de libertad y trabajo: mucho se trabajaba, pero los salarios eran elevados (6, 102). Existía, además, un espíritu de concordia entre patronos y trabajadores que añoraba para España. No obstante, denunciaba que las grandes aglomeraciones de emigrantes por nacionalidades –constituyendo guetos– obstaculizaban su americanización y en algunas ocasiones saturaban el mercado de trabajo bajando los salarios (108, 115).

Otra de las claves del sueño americano residía sin duda en la educación e instrucción pública, según analizó monográficamente José Grau. Para Grau (1916, 6-7), los Estados Unidos eran el país que más gastaba en este terreno y por tanto el que más se preocupaba por esta cuestión. En el nivel de enseñanza básica gratuita había flexibilidad y autonomía, es decir, no se incurría en un exceso de centralización y uniformidad como en España. La perspectiva educativa era amplia e integral: además de transmitir contenidos habituales, se daba importancia a cosas tales como la capacidad de hablar en público, la higiene personal, los valores cívico-patrióticos, el fomento de la propia iniciativa, las salidas al campo, los aspectos experimentales, la educación física, la mecanografía, la economía doméstica, o la participación en actividades complementarias (orquestas escolares, clubs de pintura, etc.). Asimismo, se intentaban ofrecer las mayores facilidades posibles de instrucción a través de escuelas nocturnas, escuelas vacacionales, asistencia específica a casos con necesidades especiales, escuelas de oficios, etc. (22-67). A la vista de todo ello, Grau afirmaba: “Y [aún] dicen algunos que en los Estados Unidos sólo se educa la materialidad del niño, que allí todo es dinero y egoísmo” (36). En cuanto a la mujer, no había diferencias significativas en relación a la educación recibida y en algunos casos se había optado incluso por la coeducación: “la mujer es instruídísima y tan respetada del sexo masculino, que no dudo que todas las mujeres quisieran ser norteamericanas” (66). Por lo que respectaba a la educación universitaria, destacaban los formidables equipamientos, la multiplicidad de instituciones diversas en abierta competencia, las espléndidas donaciones privadas, la orientación práctica de los estudios, la relevancia del deporte y el asociacionismo, o el trato más cercano entre profesores y alumnos. En definitiva –concluía Grau– se percibía un interés gubernamental de primer orden en la educación a la par que una opinión pública plenamente concienciada de su importancia; y había una buena gradación y eslabonamiento de los distintos niveles educativos, que preparaban para la autonomía personal, la vida social y el ejercicio profesional (105-128).

Junto a la magnificencia de los campus universitarios, muchos viajeros destacaron también la buena dotación de las bibliotecas públicas, con ejemplos especialmente impresionantes como las de Nueva York o Boston.<sup>9</sup> Y asimismo destacaron las amplias

<sup>9</sup> Maristany 1905, 281-90; Criado 2004, 95; Abad 1929, 53-55.

posibilidades de esparcimiento en grandes zonas verdes de las que la gente tomaba verdadera posesión; no como en España, donde los parques eran “gozados sólo con la vista” y donde todo estaba acotado y era mera decoración para el paseo “grave con lentitud y corrección”.<sup>10</sup>

La incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo fue resaltada por Espuny (2002, 44-45), quien también aludió a su independencia, educación y libertad de costumbres, que hacía que –por ejemplo– fumar, conducir, salir o viajar solas fuera común entre las neoyorquinas. Estas mismas ideas fueron asimismo enfatizadas por muchos otros viajeros españoles.<sup>11</sup> Sin embargo, algunos, como Bonilla o Miquelarena, vieron con recelo que la mujer encaminase “todo su esfuerzo a convertirse en verdadero varón” (Bonilla 1926, 22). Por un lado, ello hacía que se quisiera imponer al hombre, hasta el punto de que el norteamericano quedaba “empequeñecido por la arrogancia y la independencia de la mujer” (Miquelarena 1930, 157). Por otro, como apuntaba Criado (2004, 70-80), hacía que perdiera su feminidad; en el caso concreto de las “oficinas de comercio” de grandes ciudades como Nueva York o Chicago, la vida “premiosa y mecanizada” de los hombres y mujeres que se agitaban insignificantes como hormigas era “el último producto asexual y desapacible de la civilización moderna”, donde nada distinguía “a los dos sexos en las preocupaciones cotidianas”.

Concha Espina recogió las apreciaciones críticas de su viaje a los Estados Unidos en un libro publicado en 1932. Desde Cuba ya anticipaba que la proximidad de los Estados Unidos y su presión económica equivalían a una “esclavitud” y constituían “una amenaza terrible”. Su descripción de Nueva York no pudo ser más negativa: “vértigo, ruido, calentura moderna, incertidumbre humana, horda civil, bramido y crispatura”, además de “hierro y cemento [...] fuerza, poder, extensión de todas las dimensiones, ruido de todos los calibres” (Espina 1932, 35, 90, 101). En suma, “superindustrialismo que [condicionaba] la vida” (105). La escritora se unió a aquellos que criticaban la estandarización, el maquinismo y lo mediocre, pero también el reparto desigual de la riqueza. Concha Espina desaprobaba la existencia de una masa estándar en la que se confundían menestrales y burgueses.

Denunció la discriminación racial, y admiró las ansias de emancipación de las mujeres frente a aquellos que las descalificaban por marimachos. No obstante, su postura a este respecto fue ambigua. Aunque resaltó el “deseo abrumador de trabajar” de las mujeres estadounidenses que encarnaba la escultora Anna Hyatt –casada con el hispanita A. M. Huntington, fundador de la Hispanic Society of America–, apuntó que el trabajo en los Estados Unidos era “una tremenda dictadura, inexorable, de la cual no escapa la ‘mujer serie’ por muy suya que [juzgase] la vida” (113). Eran mujeres independientes que percibían salarios altos, sin excesivas obligaciones familiares, “autómatas [...], esclavas del maquinismo, ignorantes de su íntima conciencia, diluidas

<sup>10</sup> Heras 1929, 21-22. También Bello 2014, 192-193.

<sup>11</sup> Espuny 2002, 44-45; Alemany 1903, 109; Bello 2014, 146-147; Heras 1929, 191; Segura 1935, 13, 36-37.

en los demás de un modo mecánico: unas criaturas ‘fuera de sí’ (121). Denunció asimismo la disolución de la familia, el más seguro refugio contra las adversidades, y representó las diferencias entre la cultura estadounidense y la hispana en Marta y María respectivamente: la primera era “el amor hacendoso y activo, el concepto práctico, el instinto de la utilidad”; en cambio, la segunda era “la exaltación amorosa en su grado más sublime, el desinterés de la dádiva, un derroche espléndido en el querer, un estado absorto en el deseo” (157). Como otros autores críticos, los rasgos de la economía estadounidense que apuntó Espina incidían en una cultura hija de la estandarización y el maquinismo.

La postergación de la población negra fue uno de los aspectos más negativos de los Estados Unidos destacados por los viajeros españoles. Alemany subrayó el llamativo desdén con que era tratada. A Maristany le llamó especialmente la atención la marcada segregación racial en el Sur y el hecho de que incluso trabajadores de ideas socialistas mostraran cierto rechazo hacia los trabajadores negros. Y Espuny aportó incluso datos sobre la fuerte discriminación salarial por cuestión racial en la Nueva York de 1929.<sup>12</sup> Pero la postergación –según Heras (1929, 121, 87-100)– afectaba también a otras minorías étnicas, como los indios, que vivían esa situación con “resignación e indolencia” en lugares como Nuevo México; y tampoco había que olvidar al colectivo de emigrantes, que, si bien venían atraídos por las grandes oportunidades de progreso personal que ciertamente ofrecían los Estados Unidos, a menudo vivían –como en Chicago– en horribles barriadas llenas de humo, miseria y suciedad.

Precisamente a los denigrados afroamericanos de Harlem está dedicado el poemario *Poeta en Nueva York*, que Federico García Lorca compuso durante su estancia en la Universidad de Columbia (1929-1930). Lorca eliminó a propósito los lugares comunes y pintorescos destacados por todos los que visitaban la ciudad, que reducían los logros estadounidenses a rascacielos, jazz y cocteles: “Ni trenes, ni rascacielos, ni aeroplano, ni agotadora circulación de venas urbanas. ¡Nada de eso! Apenas sí cito el nombre y los lugares de la ciudad” (García Lorca 1990, 238). La mayor parte del poemario trataba de afroamericanos oprimidos cercanos a “la naturaleza humana pura”, que eran “esclavos de todos los inventos del hombre blanco y de todas sus máquinas” (255). Refiriéndose al “Rey del Harlem” señaló: “No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos [...] a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje” (65). Las escasas referencias al mundo económico fueron para destacar el “cruel silencio” de la moneda y Wall Street, o cómo “América se [anegaba] de máquinas y llanto” (80, 101). En una conferencia posterior subrayó: “lo impresionante por frío y por cruel es Wall Street. Llega el oro en ríos de todas las partes de la tierra y la muerte llega con él. En ningún sitio del mundo se siente como allí la ausencia total del espíritu”; y describió el *crack* del 29 como “un verdadero tumulto de dinero muerto que se [precipitaba] al mar”, “la muerte sin esperanza”, “un espectáculo terrible pero sin grandeza” (257). En definitiva, se refirió a “un sistema económico cruel al que pronto [habría] que cortar el cuello”

<sup>12</sup> Alemany 1903, 111; Maristany 1905, 277-280; Espuny 2002, 44.

(264). Lo único positivo de su estancia en Nueva York fueron sus amistades y sus experiencias en Harlem.

La estandarización como forma de igualación negativa y el competitivo y frenético modo de vida americano no gustaron nada al novelista Eduardo Zamacois. En ningún sitio dicho modo de vida quedaba mejor reflejado —marcando tendencias de futuro— que en la gran metrópoli neoyorquina, “triste y arisca”, “ciclópea y anti-artística”, “torbellino de hombres y máquinas [...] tiznado por el incesante humear de las fábricas”, donde “todo ostenta la pátina del hierro y el carbón” (Zamacois 1912, 124-125). Frente a la vida reflexiva de muchas ciudades europeas, todo era allí “correr, correr sin tino, ganar unos minutos, llegar pronto... ¿y para qué?”; entre “el polvo [y] el ruido, el mareo de cuatro millones de personas que van y vienen presurosas, cual sacudidas por un amago de epilepsias” (129-130). Por eso, una ciudad como Nueva York “sólo podría albergar una muchedumbre codiciosa, peleadora, saludable, con instintos y rapacidades de pirata y músculos de acero”, que mostraba una gran “rudeza de costumbres” y un notorio “desdén hacia las bellas artes y la galantería”, con una voluntad “esencialmente egoísta” y un “individualismo feroz” (127-129). Y todo ello enlazaba, por un lado, con un descarnado materialismo: “sus teatros, donde hay magníficas decoraciones, pero donde no hay artistas; sus museos, embellecidos únicamente por algunos reflejos de la vieja Europa sagrada; [y] sus *restaurants* donde la gente come glotonamente y entra la inquietud de los negocios”; y, por otro lado, conectaba con una clara deshumanización que quedaba patente en dos crueles —pero populares— diversiones de Coney Island: el “tiro al negro” y la “mojadura del payaso” (129-130, 133).

En la misma dirección iban algunas de las observaciones del periodista Antonio Heras, que tras haber residido en el país algún tiempo publicó sus impresiones poco antes del *crack* del 29. En una ciudad como Chicago, con un rapidísimo crecimiento urbano, “desconcertante, enorme y ruidosa” al tiempo que “activa y turbulenta”, solo tenía cabida un hombre de “cabeza ligera, limpia en absoluto de ideas [...] que no tiene tiempo de leer nada, de interesarse sino en lo que le atañe muy directamente” (Heras 1929, 13, 19, 52). Pero la homogenización “a la baja”, por un mínimo común denominador, afectaba también a la América del interior, un país de “propagandas formidables”, que tenía en general un tono “uniforme, superficial, monótono” (30, 88).

La impersonalidad y el automatismo alienante de las grandes ciudades estadounidenses —y en particular de Nueva York y Chicago— se dejaba notar especialmente en las horas de entrada y salida de las oficinas, con el tumulto apiñado en el metro y las comidas apresuradas en autoservicios o en restaurantes sin camareros donde los platos —sin nombre, simplemente numerados— se mostraban en vitrinas de cristal y se conseguían echando monedas por una ranura (Criado 2004, 132-136). Según Bello (2014, 197, 203-204, 206), en el “inmenso mundo laberíntico” de Nueva York, colmena de “cajas gigantescas [...] feas, simétricas”, “desnudas, geométricas [y] sin carácter”, de una “homogeneidad desesperante”, se desplazaban “oleadas de gente amorfa” y “uniformada” con “endurecidos rostros” de lucha por la vida. Estaba, además, la falta de seguridad en el empleo de esa “masa enorme a sueldo que [trabajaba] en las grandes fábricas, en las

casas de comercio, en los bancos, en los grandes *trusts*”: simples piezas de un inmenso engranaje que se podían sustituir en cualquier momento según su rendimiento (213). Aunque era cierto que en los Estados Unidos los salarios relativos eran altos, quizá como en ningún otro país del mundo, el riesgo de la inestabilidad laboral era también elevado y mucho mayor que en Europa. Sin duda se trataba de un capitalismo más impersonal y despiadado (214). Por otra parte, en el país de la prosperidad, la opulencia y las oportunidades, también existía la pobreza y la desigualdad, que resultaban quizá más llamativas y contrastantes que en ningún otro lugar. Además, dada la mentalidad estadounidense, el que “fracasaba” hasta caer en la indigencia era como “merecimiento” a su incapacidad de valerse por sí mismo mediante el trabajo duro; era el más puro darwinismo social (214-215).

Luis Araquistáin viajó durante dos meses a los Estados Unidos en 1919. Fue como representante de la UGT a una reunión de la American Federation of Labor, junto a Fernando de los Ríos y Largo Caballero. No negó el crecimiento económico del país y reseñó el auge del feminismo y de una “mujer nueva”, pero fue muy crítico con su economía y la civilización que generaba (Araquistáin 1921, 91-99). Su tesis era que los Estados Unidos constituían un peligro para sí mismos y para el resto del mundo, pues tras su expansionismo económico desembarcaban “la bandera, los ejércitos, las instituciones, la lengua [y] la cultura del pueblo invasor” (2). Esa tierra del materialismo, donde el comercio se glorificaba e incluso se elevaba a religión, y que además tenía problemas con la población afroamericana, asiática, hispana y eslava, amenazaba “el imperio del espíritu” europeo. Aquí radicaba el verdadero “peligro yanqui” (12-15). Se trataba del “reino de la cantidad”, que a su vez engendraba el maquinismo. Y acorde a dicho materialismo y maquinismo predominaba una cultura guiada por el mero “utilitarismo”, la “economía” y la “eficiencia”; así, los rascacielos no respondían “más que a un fin económico”, a lo “temporal” y “antiestético”. En definitiva, estábamos ante un “niño gigante”: un cuerpo maduro dirigido por una mente infantil (19, 21, 23, 26, 199).

Por tanto, Araquistáin coincidía con otros autores en criticar el materialismo y el maquinismo y en denigrar la cultura estadounidense. No obstante, su principal ataque se centraba en que la creación de riqueza no iba acompañada de una adecuada distribución de la misma; si bien la riqueza era la fuerza de una sociedad, su buen desenvolvimiento dependía de su distribución (39). Lo económico no tenía que primar nunca en una sociedad, sino que debía mezclarse con la ética entendida como guía para la mejor distribución de la riqueza (35-41). Aunque al principio el modo de emancipación de los desheredados había sido el campo y su fácil acceso a las tierras, cada vez había una menor disponibilidad de estas y el hombre se veía obligado a asentarse en ciudades, donde se convertía en “carne de industria, sin esperanza de redención económica” (37). El desheredado –a diferencia de la opinión de López Valencia y Maeztu– se incorporaba así al régimen de salarios sin posibilidad de convertirse en capitalista (38). Araquistáin no negaba la subida de los salarios nominales, pero afirmaba que iba acompañada de un aumento en análoga proporción del coste de vida. Tampoco negaba



que los obreros estadounidenses trabajasen menos horas, pero su situación económica era más angustiosa (41).

Por otra parte, enfatizaba la poca conciencia de clase de los trabajadores y criticaba a sus sindicatos de oficios –no de clase– controlados por una “especie de sub-burguesía” que despreciaba a los intelectuales y defendía sus intereses “contra la clase obrera, más proletarizada, de otros países que [suministraban] emigración” (64-65). Es decir, eran unas organizaciones inmaduras y burocráticas, con “masa” pero “sin cerebro”, sin doctrina y con contradicciones. A ello había que unir el poder de grandes corporaciones como las petroleras –con Rockefeller a la cabeza– o de sectores estratégicos como la prensa: “Un monopolio de la Prensa por Hearst o cualquier hombre de su naturaleza, sería un peligro, no ya nacional, sino internacional”, dado su amarillismo y el inmenso poder de los grandes magnates (120).

## CONCLUSIÓN: LOS ESTADOS UNIDOS, ¿UN MODELO PARA ESPAÑA?

España redujo la distancia económica en relación a las naciones más prósperas en las primeras tres décadas del siglo xx, circunstancia que coincidió con una Edad de Plata de su cultura. Siguió atrasada con respecto a las economías más ricas, pero no estancada. En este contexto los autores seleccionados en este trabajo debatieron si el modelo económico estadounidense era el adecuado para potenciar el crecimiento económico español. Es decir, no miraron exclusivamente a Europa.

Dejando a un lado los matices expuestos en el texto, hubo dos posturas claras. López Valencia representa y resume la postura favorable a adoptar el modelo estadounidense. No dudó en titular uno de los capítulos de su libro “El ejemplo de América”; frente a la mentalidad administrativa española poco entusiasta con el trabajo, enfatizó que el éxito estadounidense radicaba precisamente en el amor al trabajo y todo lo que conllevaba: aprovechamiento del tiempo, “iniciativa energética”, primacía del mérito, amplitud de miras, enemistad con la rutina, especialización, “progresivo espíritu comercial”, proyecto del futuro, servicio al público, etc. (López Valencia 1919, 204-211). Con estos mimbres, “la industria norteamericana, destruyendo una de las supuestas leyes económicas, [había] conseguido que la oferta, en forma de sobreproducción, [estimulase] la demanda”; por tanto, “¿qué mejor modelo [podría] imitar [España] que el de un país que, como los Estados Unidos, [dirigía] al mundo con su idealismo generoso y le [mantenía] con su trabajo?” (210-211). Un país que ya era el futuro en el presente gracias a un modelo que generaba crecimiento económico, prosperidad, innovación tecnológica y oportunidades para todos. Además –como mantenía Maeztu– prosperidad, moralidad y cultura no eran incompatibles. Aunque ciertamente estos autores fueron conscientes de los aspectos negativos de la economía estadounidense, como la discriminación racial, la polución o el poder de las grandes corporaciones, no se recrearon en ellos. También cabe incluir en este grupo a autores como Belda y Madariaga, que elogiaron a los Estados Unidos pero sin tanto entusiasmo. Así, el primero denunció algunos *bluffs* sobre



el país (por ejemplo, que el febril trabajo no era la tónica general), mientras el segundo dudó de que se pudieran trasplantar las instituciones estadounidenses a Europa.<sup>13</sup>

Los contrarios a adoptar el modelo económico estadounidense –de muy diversas filiaciones políticas– no negaron su capacidad de generar prosperidad, pero incidieron en sus consecuencias morales negativas, en el materialismo, la estandarización deshumanizadora, el maquinismo, los monopolios y las desigualdades económicas. Era un sistema económico que propiciaba una sociedad presidida por el “utilitarismo”, la “economía” y la “eficiencia” (Araquistáin 1921, 23). En suma, una sociedad sin ideales, de puro ocio (cines, parques de atracciones, *best-sellers*, prensa amarillista, etc.) más que de alta cultura, consumista, hipócrita (la Ley Seca), con graves problemas de deterioro estético y medioambiental, y en la que el individuo era un simple número. Sin embargo, el rechazo a lo estadounidense no significaba la renuncia a la modernización económica de España; simplemente, había que poner las miras en el modelo económico de otros países, como el Reino Unido, Francia, Alemania o –a partir de 1917– la URSS. Además, como ha apuntado Miranda-Barreiro (2014, 160), los españoles no fueron los únicos europeos en criticar el modelo socioeconómico estadounidense.

En conclusión, se contrapusieron dos visiones económicas de Estados Unidos radicalmente distintas: un paradigma de prosperidad que descansaba en un juego de suma positiva, frente a un mundo materialista (adoración del becerro de oro) basado en un sistema económico “de suma cero” (crimen organizado, gánsteres, casinos, corrupción, especulación, rapiña, etc.); un ideal de innovación tecnológica y grandes empresas modernas, frente a una pesadilla de maquinismo, estandarización deshumanizadora y poder de monopolio; y una tierra de oportunidades y armonía social (sueño americano, *self-made man*, inmigración, movilidad social, incorporación de la mujer al mercado de trabajo, etc.), frente a una tierra de las desigualdades económicas y raciales (inequidad, problemas de integración de emigrantes, marginación de minorías étnicas, efectos negativos de la incorporación laboral femenina, igualación a la baja de la gran masa de la población, etc.). Estos mismos argumentos pro y anti estadounidenses, apuntados en el primer tercio del siglo xx, encontrarían luego su pleno desarrollo en la España de la segunda mitad de la centuria.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abad, Eleuterio. 1929. *Un viaje a Norteamérica: sus bellezas y su progreso agrícola y pecuario*. Madrid: Regina.
- Alarcón, Mariano. 1918. *Impresiones de un viaje a Nueva York*. Madrid: Rico.
- Alemany, José. 1903. *Los Estados Unidos: impresiones de viaje*. Barcelona: Baxarias.
- Araquistáin, Luis. 1921. *El peligro yanqui*. Madrid: España.
- Belda, Joaquín. 1936. “En el país del *Bluff*” [1926]. *Revista Literaria* VIII, n° 397: 131-159.

<sup>13</sup> Belda 1936, 151; Madariaga 1974, 171, 565.

- Bello, Lorenzo. 2014. *Viaje alrededor del mundo durante la Gran Guerra* [1922]. Mojácar: Ginger Ape.
- Blasco Ibáñez, Vicente. 2007. *La vuelta al mundo de un novelista* [1924-1925], 3 vols. Madrid: Alianza.
- Bonilla, Adolfo. 1926. *Viaje a los Estados Unidos de América y al Oriente*. Madrid: RACMMMP.
- Cabrerizo, Francisco. 1905. *Instantáneas de un viaje al Norte de América*. Madrid: [s.n.]
- Camba, Julio. 1934. *Un año en el otro lado del mundo* [1917]. Madrid: Biblioteca Nueva.
- 2002. *La ciudad automática* [1932]. Madrid: Espasa.
- Corrales, David. 2015. “Imperialismo, progreso y exotismo. Percepciones e imágenes del desarrollo estadounidense en la opinión pública española (1898-1914)”. En *Pensar con la historia desde el siglo XXI*, editado por Pilar Folguera, Juan Carlos Pereira, et al., 1453-1476. Madrid: UAM.
- Criado Requena, Eduardo. 2004. *La ciudad de los rascacielos* [1919]. Sevilla: Alfar.
- Delgado, Lorenzo y Dolores Elizalde (eds.). 2005. *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Madrid: CSIC.
- Echevarría, José de. 1916. *España sin pulso: un viaje a los Estados Unidos narrado en dos conferencias*. Bilbao: Rochelt.
- Espina, Concha. 1932. *Singladuras. Viaje americano*. Madrid: Iberoamericana de Publicaciones.
- Espuny, Tomás. 2002. *De Gallur a Nueva York (1929)*. Zaragoza/Gallur: Diputación de Zaragoza/Ayuntamiento de Gallur.
- Fernández de Miguel, Daniel. 2012. *El enemigo yanqui*. Zaragoza: Genuve.
- Ferris, Kate. 2016. *Imagining “America” in Late Nineteenth Century Spain*. Basingstoke: Palgrave.
- Körner, Axel, Nicola Miller, y Adam Smith (eds.). 2012. *America Imagined: Images of United States in Nineteenth Century Europe and Latin America*. New York: Palgrave.
- García Guijarro, Luis. 1913. *Notas americanas*. Madrid: Fortanet.
- García Lorca, Federico. 1990. *Manuscritos neoyorquinos*. Madrid: Fundación García Lorca.
- García-Montón, Isabel. 2000. “Agentes de una aproximación cultural: viajeros españoles en los Estados Unidos tras la guerra finisecular”. En *Travelling across Cultures*, editado por Constante González Groba, et al., 237-248. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago.
- García-Montón, Isabel (ed.). 2002. *Viaje a la Modernidad: la visión de los Estados Unidos en la España finisecular*. Madrid: Verbum.
- García Muñoz, César. 2008. *Historia de un estereotipo. Intelectuales españoles en Estados Unidos (1885-1936)*. Madrid: Langre.
- González Echarte, Antonio y Miguel Otamendi. 1905. *De Madrid a San Luis*. Madrid: Imp. Alemana. [También publicado por entregas, durante los años 1904-1905, en la revista *Madrid Científico*.]
- González López-Briones, Carmen. 2000. “Some 20<sup>th</sup> Century Spanish Views of the United States”. En *Travelling across Cultures*, editado por Constante González Groba, et al., 269-282. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago.
- Grau, José. 1916. *La educación y la instrucción en Estados Unidos: impresiones de un viaje*. Gerona: Dalmáu.
- Heras, Antonio. 1929. *De la vida norteamericana*. Madrid: Espasa.
- Jardiel Poncela, Enrique. 1955. *Exceso de equipaje: mis viajes a Estados Unidos* [1943]. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jiménez, Juan Ramón. 1970. *Diario de un poeta recién casado* [1917]. Barcelona: Labor.
- López Valencia, Federico. 1919. *Del país gigante. La vida y los negocios en Norteamérica*. Madrid: Hernando.

- López Vega, Antonio y José Antonio Montero. 2013. "España-Estados Unidos: 200 años de miradas cruzadas". *Revista de Occidente* n° 389: 61-77.
- Madariaga, Salvador de. 1974. *Memorias (1921-1936)*. Madrid: Espasa.
- Maeztu, Ramiro de. 1957. *Norteamérica desde dentro*. Madrid: Ed. Nacional.
- 2013. *El sentido reverencial del dinero* [1957]. Madrid: Encuentro.
- Maristany, Eduardo. 1905. *Impresiones de un viaje a Estados Unidos*. Barcelona: Henrich.
- Miquelarena, Jacinto. 1930. *...Pero ellos no tienen bananas: el viaje a Nueva York*. Madrid: Espasa.
- Miranda-Barreiro, David. 2014. *Spanish New York Narratives 1898-1936*. Oxford: Taylor.
- Montero, José Antonio. 2011. *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Moreno Villa, José. 1989. *Pruebas de Nueva York* [1927]. Valencia: Pre-Textos.
- Oteyza, Luis de. 1931. *Anticipolis*. Barcelona: Renacimiento.
- Pérez de Ayala, Ramón. 2013. *Viajes*. Madrid: Fundación Banco Santander.
- Segura, Pedro. 1935. *Nueva York 1935*. Barcelona: Núñez.
- Zamacois, Eduardo. 1912. *Dos años en América*. Barcelona: Maucci.

Fecha de recepción: 16.02.2019

Fecha de aceptación: 15.11.2019